

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—A mi Madre poesía, por Ángel del Arco y Molinero.—¡Viva el Papa! por Pedro A. de Alarcón.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

(Continuación.)

XIV.

Lo que se ofreció á nuestra vista en el patio, querida Julia, fué un espectáculo singular.

Una mujer, de edad indefinible, pero seca y acartonada como un pergamino, estaba de pié, apoyada en un baston, en medio de un círculo formado por Antolina, Susana y las vecinas. No se sabia de qué tela estaba formado su vestido, pues parecia un campo matizado de

mil diversas flores, segun eran innumerables los remiendos de que estaba cubierto, llevaba al cuello una cosa abigarrada, que hacia las veces de pañuelo, y esto era lo único que la defendia contra el hálito del cierzo, que los rayos del sol no hacian más que templar un poco. Sus escasos cabellos, que parecian otros tantos hilos de plata, los llevaba recogidos atrás con una aguja de madera, y en cuanto á zapatos, no llevaba otros más que los que le habia regalado al nacer la madre naturaleza.

En fin, todo su aspecto era tan original, que me traia á la memoria el de aquellos mendigos, que tanto miedo y tanta aversión me infundian al principio en mis largos paseos por el campo.

—Vaya, vaya cuantas preguntas! decia, moviendo á todos lados sus ojillos alegres y perspicaces. He ido de puerta en puerta, y todos me han dicho que en ninguna casa puede haber bolsones más que en esta.

Las mujeres que la rodeaban prorrumpieron en nuevas risotadas, haciendo chacota de ella, cuando vimos á la nina María lanzarse en me-

de del círculo, besar la mano á la anciana, y exclamar con noble indignacion:

—¿Por qué os reis? ¿no veis que tiene el pelo blanco?

En aquel instante descendíamos nosotras el último tramo de la escalera.

María, al aperebirnos, se puso encendida como una amapola, y bajando la cabeza, vino á nuestro encuentro, murmurando con ademán confuso:

—¿No es verdad, abuelita, que es muy mal hecho?

—Muy mal hecho, hija mia, dijo esta, paseando en torno de sí una severa mirada.

Todos enmudecieron.

—¿Es esta el ama? preguntó aquella mujer.

Y como los circunstantes hiciesen una señal afirmativa, dió algunos pasos hácia nosotras.

—Calle! exclamó, encarándose con la abuela, tú eres tan vieja como yo, ¡Dios sea loado!

A pesar nuestro, no pudimos menos de sonreirnos.

—Vaya! no hay que estrañar que la llame de tú, añadió sonriendo tambien; yo soy la más vieja allá arriba y llamo de tú á todo el mundo...

Esta es la segunda vez que bajo al pueblo...

La primera fué cuando me casé con mi difunto, y desde entonces acá, creo que ha pasado más de sesenta veces el dia del cordero.

—¿De qué pueblo es usted? preguntó la abuela.

—¿Pueblo? Ninguno! Allá arriba entre aquellos dos montes que se tocan, hay unas cuantas casuchas y allí vivimos nosotros, hemos vivido siempre allí... Solo que los domingos bajamos á oír misa en una ermita que hay al otro lado de la montaña.

—¿Y tiene V. familia?

—Cinco hijos tuve; los cinco están con Dios. Dios sea bendito!

—Pero entonces ¿quien cuida de V.?

—¿Quién? Todos! Marcela me deja dormir en el establo, y por las noches me pone una brazada de heno fresco y hermoso... los demás me dan de comer, quien un dia, quien otro, y luego, por las mañanitas voy á sentarme al borde del camino, y nunca deja de pa-

sar una buena alma que me de un ochavito por amor de Dios.

—¿Y está V. contenta con esta vida?

—Yo estoy contenta con todo lo que Dios me envia.

—¿Y cuando está V. enferma?

—¡Toma, cuando estoy enferma todos me cuidan como yo los cuidé á ellos en mis buenos tiempos! No hay un solo jóven que no haya sido fajado por mí alguna vez cuando era chiquitito, y por quien no haya ido al bosque á recoger yerbas buenas cuando tenia viruelas ó sarampion... Así, cuando se murió mi último hijo, un moceton que no cabia por esa puérta, me dijo: madre, no me dá pena morirme, porque todos serán hijos de V.!... Y así ha sido!.. Bendito Dios que lo ha llamado á su gloria! Y además, ¿por qué no habia de estar contenta? Yo nunca he hecho daño á nadie, nunca...

La candidez de aquella buena anciana me tenia suspensa y embelesada. Jamas hubiera creido que bajo aquel aspecto casi salvaje, hubiera podido ocultarse una bondad tan sencilla y una virtud tan inocente.

La abuela, que sin duda la habia dirigido todas aquellas preguntas para saber si era acreedora á la limosna que creia viniese á pedir, sacó del bolsillo una moneda y se la alargó.

—Vaya, vaya! dijo aquella mujer rechazándola, si yo no vengo á pedir, si vengo á dar...

Ayer, Manolillo se puso enfermo con un calenturon que daba miedo... Su cara estaba hecha un áscua, y estar cerca de él parecia estar cerca de la lumbre... No te alborotes la dije á Teresa, yo iré á buscar una mata prodigiosa que le quitará ese fuego á tu hijito... Cogí mi baston y heche á andar... Pero que si quieres! En el bosque no hallé nada que me hiciese al caso... Atravesé aquella ladera, y aquella otra ladera y aquella de mas allá... porque aunque soy vieja tengo muy buenas piernas... Vaya! como que esta mañanita he empezado á bajar de allá arriba con el sol y ya estoy aquí!... Pues en la última ladera encontré la mata que buscaba, y aunque tengo, loado sea Dios, la vista muy corta, no por eso dejé de ver una cosa abultada en-

tre la yerba... La recoji, y cáatate con que me hallé que era un bolsón todó lleno de dinero... ¡Vaya! ¡Plata y oro!... Yo nunca habia visto cosa igual.

—Eh! tío Perico, grité á Perico el carretero que pasaba cerca de allí... ¡mira lo que me he encontrado!

El pobre muchacho abrió tanto ojo.

—Ahora sí, me dijo, que podrá V. tener un cuartito limpio y aseado, un buen colchón y un patio con buenos pollos y gallinas.

—Quita allá! le respondí, ¿no ves que en el campo no se crían estas cosas, y que es preciso que alguien lo haya perdido? Pues si me quedase con lo ajeno contra la voluntad de su dueño, no podría ir á juntarme allá arriba con mi Beltrán y mis hijitos!

—Calle, y es verdad! dijo Perico suspenso. Pero ¿de quién será?

Nos pusimos los dos á discurrir sin poder atinar quién sería el dueño del bolsón.

—Calle! dijo de pronto Perico dándose una palmada en la frente, mande V. mañana decir una misa en la ermita, y verá como parece el dueño...

Y así fué... A poco de haberse dicho la misa hoy, se llegó á mi el tío Panchorro y me dijo:

(Continuará.)

ÁNGELA GRASSI.

Á MI MADRE.

Perdona, madre, si al pulsar mi lira
entono mi cantar con torpe acento;
si es tan débil mi voz como mi aliento;
perdona si me falta inspiración.
Es que mi triste corazón palpita
y al templar el laud tiembla mi mano;
es que tu amor ensalza, soberano;
es que al fin te dedico mi canción.

Es que comprendo que debió en un día
ser para ti mi inspiración primera,
cuando agitó mi mente placentera
con sus mágicos sueños la ilusión...
Mas ¡ay! entonces yo no conocía
cuan grande, madre mía, es tu cariño;
era jóven aun, era muy niño
para sentir mi pecho esa emoción.

Mas, hoy que al fin contemplo realizada
la ilusión mas risueña de mi vida,
hoy que mi alma triste y abatida
halla en un hijo plácido sosten.
Tu inmenso amor comprendo, madre mía;
tesoro de mi dicha y mis amores,
cuyos puros y lípidos fulgores
tornan la tierra para mi en Eden.

Por eso ensayo en mi modesta lira
á tu amor estos plácidos cantares,
dulces, como el gemido de los mares;
puros, como el que entona el ruiseñor.
Son las notas nacidas de mi alma
humildes cual la cándida violeta;
son los ecos del arpa del poeta
que se elevan al trono del Señor.

¡Madre! bendito y sacrosanto nombre
que llena el pecho de tu amor profundo;
faro que brillas en el triste mundo
Para inundar de dicha el corazón....
Yo te bendigo al asomar la aurora.
Derramando su luz y su alegría;
yo te bendigo al declinar el día,
cuando envuelven las sombras la creación.

Y al escuchar entonces silencioso
de la campana el toque de oraciones
que lanza al viento sus pausados sonos
al alma pura arrebatando en pos,
inclino reverente la rodilla;
Mi lábio el nombre del Creador invoca;
Y al salir la plegaria de mi boca
que tu vida conserve pido á Dios.

ÁNGEL DEL ARCO Y MOLINERO.

¡VIVA EL PAPA!

I.

El único mérito de lo que voy á referir consiste en que es histórico en la materia y en la forma. — *Vivo está quien lo cuenta*, como suele decirse, yentiéndose que el que lo cuenta no soy yo; es un capitan retirado.

Hoy no soy artista; hoy soy un simple amanuense: no os pido por consiguiente, admiracion, sino que me creais á puño cerrado.

Para inventado, el asunto es de poca monta; y luego pertenece á un género en que yo no me tomara el trabajo de inventar nada.

Presumo de *esprit-fort*, y un capitan retirado me ha conmovido profundamente contándome las resventuras políticas de un absolutista....

Mi objeto es conoveros á vosotros con su misma relacion, á fin de que el número de los derrotados quite mengua á mi derrota.

Si lo consigo, podré exclamar como la adúltera: — *El que esté libre del pecado, que... me llame neo-católico.*

Habla mi capitan.

II.

Uno de los más calurosos dias del mes de Julio de 1809 — y ¡cuidado que aquel dichoso año hizo calor! — á eso de las diez de la mañana entrábamos en Montelimart, villa ó ciudad del Delfinado, que lo que sea no lo sé, ni lo he sabido nunca, y maldita la falta que me hacia saber que existia tal Francia en el mundo....

— ¡Ah!.... ¿con que era en Francia?....

— Pues ¡hombrel me gusta! ¿dónde está el Delfinado sino en Francia? Y no crean Vds. que abí en la frontera... sino muy tierra adentro, más cerca del Piamonte que de España....

— Siga V... capitan: los niños... que aprendan en la escuela... Y tú, ¡á ver si te callas, Eduardo!

— Pues, como digo, entrábamos en Montelimart, ahogados de calor y polvo, y rendidos de caminar á pié durante tres semanas, veintisiete oficiales españoles que habiamos caido prisioneros en Gerona.... Mas no creais que en la capitulacion de la plaza,

sino en una salida que hicimos pocos dias antes á fin de estorbar unas obras que en el campamento francés.... Pero esto no hace al caso. Ello es que nos atraparon y nos llevaron á Perpiñan, desde donde nos destinaron á Dijon... Y ahí tienen Vds. el por qué de lo que digo.

Pues señor, como uno se acostumbra á todo y el emperador nos pasaba *diez reales* durante el viaje (que ibamos haciendo á jornadas militares de tres ó cuatro leguas), y nadie nos custodiaba, porque cada uno de nosotros habia respondido con su cabeza de la desercion de los demás, y veintisiete españoles juntos no se han aburrido nunca, sucedia que, á pesar del calor, de la fatiga y de no saber una palabra de francés, pasábamos muchos ratos divertidos, sobre todo desde las once de la mañana hasta las siete de la tarde, horas que perinaneciamos en las poblaciones del tránsito; pues las jornadas las haciamos de noche con la fresca. — A ver, Antonio, enciéndeme esta pipa.

Montelimart... ¡bonito pueblo!... — El café está en una calle cerca de la plaza, y en él nos acogimos á tomar un refresco, es decir á evitar el sol (pues los bolsillos no estaban para gollerias), en tanto que tres de nuestros compañeros iban á ver al prefecto para que nos diese las boletas de alojamiento que en Francia se llaman *mandat*.

No sé si el café estará todavia como entonces estaba... ¡han pasado cuarenta y cuatro años!... Yo me acuerdo de que á la izquierda de la puerta habia una ventana de reja con cristales, y delante una mesa, á la cual nos sentámos algunos de los oficiales, entre ellos C... que habia sido diputado á córtes, por Almería, y murió el año pasado. Ya veis que esto es cosa que puede preguntarse.

— ¿Pues no dice V. que ha muerto?

— ¡Hombre! supongo que C... se lo habrá contado á su familia, — respondió el capitan escarbando la pipa con la uña,

— Tiene V. razon, capitan: siga V. El que no lo crea que lo busque.

— Dices bien, hijo mio. Pues como ibamos diciendo sentados estábamos á la mesa del café, cuando vimos correr la gente por la calle, y oimos una griteria espantosa... Pero como era en Francés, no la entendimos.

— ¡*Le Papel! ¡Le Papel! ¡Le Papel!*... decian los muchachos y las mugeres, poniendo el grito en el cielo, en tanto que todos los balcones se abrían y se llenaban de gente, y los mozos del café y algunos gabachos que jugaban al billar se lanzaban á la calle con un palmo de boca abierta, como si oyeran decir que el sol se habia parado.

— Pues parado está, papá abuelo.

— ¡Cállese V. cuando hablan los mayores! A ver el deslenguado!

—No haga V. caso, capitán.... Estos niños de ahora....

—Toma... ¡y si está parado!... murmuró el muchacho entre dientes.

—*¡Le Pape! ¡Le Pape!* ¿qué significa esto? nos preguntamos todos los oficiales; y cogiendo á uno de los mozos del café, le dimos á entender nuestra curiosidad.

El mozo tomó dos llaves, trazó con las manos una especie de morrion sobre su cabeza; se sentó en una silla, y dijo: *¡Le Pontifex!*

—¡Ah!... dijo C... que era el más avisado de nosotros. (Por eso fué luego diputado á Cortes...) *¡El Pontifex! ¡El Papa!*

—*Oui, monsieur. ¡Le Pape! Pie sept...*

—Pío VII... ¡El Papa!... exclamamos nosotros sin atrevernos á creer lo que oíamos. ¿Qué hace el Papa en Francia? ¿Pues no está el Papa en Roma? ¿Viajan los Papas? ¿El Papa en Montelimart?

No estrañéis nuestra perplejidad, hijos míos... En aquel entonces todas las cosas tenían más prestigio que hoy. No se viajaba tan fácilmente; no se publicaban tantos periódicos. Yo creo que en toda España no había más que uno, tamaño como un recibo de contribucion. Además, los españoles no habíamos leído, ni pensado... El Papa era para nosotros un sér sobrenatural... no un hombre de carne y hueso... ¡En toda la tierra no había más que un Papal... Ahora bien; en aquel tiempo era la tierra mucho más grande que hoy... ¡La tierra era el mundo... y un mundo lleno de misterios, de regiones desconocidas, de Continentes ignorados! Luego... figuraos que aún sonaban en nuestros oídos aquellas palabras de nuestra madre y de nuestro maestro: «El Papa es el Vicario de Jesucristo... su representante en la tierra; una autoridad infalible, y lo que desatare ó atare aquí, permanecerá atado y desatado en el cielo...»

Creo haberme explicado. Creo que habreis comprendido todo el respeto, toda la veneracion, todo el asombro que se apoderaria de nosotros, pobres españoles del siglo pasado, al oír de cir que el Sumo Pontífice estaba en un lugar de Francia y que íbamos á verle!

Efectivamente, no bien salimos del café, percibimos allá en la plaza (que, como os he dicho, estaba cerca) una empolvada silla de posta parada delante de una casa que en nada se diferenciaba de las demás, y custodiada por dos gendarmes de caballería, cuyos desnudos sabies brillaban que era un contento.

Mas de quinientas personas estaban abocadas al rededor del carruaje, que examinaban con prolija atencion, sin que se opusiesen á ello los gendarmes, quienes en cambio no permitian á nadie acercarse á la puerta de aquella casa, donde se habia apeado Pío VII mientras mudaban el tiro de caballos.

—¿Y qué casa era aquella, abuelito? ¿La del alcalde?

—No, hijo mio; era el parador de diligencias.

A nosotros, como militares que éramos, nos tuvieron un poco mas de consideracion los gendarmes, y nos permitieron arrimarnos á la puerta, pero no asi pasar el umbral.

De cualquier modo, pudimos ver perfectamente el siguiente grupo, que ocupaba uno de los ángulos de aquel portal ú oficina.

Dos ancianos... ¿qué digo? dos viejos decrepitos, cubiertos de sudor y de polvo, rendidos de fatiga, ahogados de calor, respirando apenas, bebían agua en un vaso de vidrio, que el uno pasó al otro despues de mediarlo. Estaban sentados en unas sillas viejas de enea. Sus trajes talarés, blanco el uno y el otro de color de púrpura, nada tenían de ostentosos; antes parecían pobres y humildes de tan ajados y súcios como estaban. Ningun distintivo podia revelarnos cual era Pío VII (pues nada entendíamos nosotros de aquellas cosas), y sin embargo todos digimos á un tiempo.

—Es el mas alto.

Y ¿sabeis por qué lo dijimos? Porque su compañero lloraba y él no; porque su tranquilidad revelaba que él era el mártir; porque su humildad denotaba que él era el principe.

En cuanto á su figura, me parece estarla viendo todavia.

Imaginaos un hombre de mas de setenta años, enjuto de carnes, de elevada estatura, algo encorvado por la edad; su rostro surcado de pocas, pero muy hondas arrugas, tenía un marcado aspecto de austeridad, dulcificado por unos lábios bondadosos que parecían manar persuasion y consuelo. Una nariz grave, unos ojos de paz, marchitos por los años, y algunos cabellos tan blancos como la nieve, completaban aquella imponente fisonomía.

El sacerdote que lo acompañaba, menos viejo que él, debía de ser un cardenal: su rostro era mas enérgico, pero estaba mas contristado. Todo él revelaba á un hombre de pensamientos profundos, de accion rápida y decidida. Mas parecia un diplomático que un apóstol.

¿Pero era cierto lo que veíamos? ¿El Pontífice preso, caminando en el rigor del estío, con todo el ardor del sol, entre dos groseros gendarmes, sin mas comitiva que un cardenal, sin otro hospedaje que el portal de una casa de postas, sin otra almohada que una silla de madera?

En tan extraordinario caso, en tan singular atropello, en tan terrible drama, no podia mediar mas que un hombre. Sólo él era mas extraordinario, mas terrible que cuanto veimos.—El nombre de «Napoleon» circuló por nuestros lábios: Napoleon nos tenía tambien á nosotros en el interior de Francia;

Napoleon habia revuelto el Oriente, encendido en guerra nuestra patria, derribado todos los tronos de Europa. El debia ser quien arrancaba al Papa de la Silla de San Pedro y lo paseaba asi por el imperio francés, como el pueblo judío paseó al Redentor por las calles de la ciudad deicida.

Pero cuál era la suerte del beatísimo prisionero? ¿Qué habia ocurrido en Roma? ¿Habia una nueva religion en el Mediodia de Europa? ¿Era Papa Napoleon?

Nada sabiamos... y si he de deciros la verdad, por lo que á mi hace, todavia no he tenido tiempo de averiguarlo...

—Yo se lo diré á V. en muy pocas palabras, capitán. Esto completará la historia de V. y dará toda su importancia á ese peregrino relato.

III.

El dia 17 de Mayo de ese mismo año de 1809, dió Napoleon un decreto por el que reunió al imperio frances los Estados Pontificios, declarando á Roma ciudad imperial libre y nombrando una consulta para tomar posesion de ella.

El Papa se resistió pasivamente desde su palacio del Quirinal, donde aun contaba con algunas autoridades y con su guardia de suizos. Sucedió entonces que unos pescadores del Tiber cogieron un esturion y quisieron regalárselo al sucesor de san Pedro. Los franceses aprovecharon esta ocasion para dar el último paso contra la autoridad de Pio VII; gritaron *¡al arma!* el cañon de Santángelo pegonó la extincion del gobierno temporal de los Papas, y la bandera tricolor ondeó sobre el Vaticano.

El cardenal Pacca, que sin duda era ese sacerdote que V. encontró con Pio VII, corrió al lado de Su Santidad, y al verse los dos ancianos exclamaron: *¡Consumatum est!*

En efecto: mientras el Papa lanzaba su última excomunion contra los invasores, éstos penetraban en el Quirinal derribando las puertas á hachazos.

En la sala de las Santificaciones encontraron á cuarenta suizos; restos del poder del ex-rey de Roma, quienes los dejaron pasar adelante, por haber recibido orden de no oponer resistencia alguna.

El general Radet, jefe de los demoleedores, encontró al papa en la sala de las Audiencias ordinarias, rodeado de los cardenales Pacca y Despuig y de algunos empleados de secretaría.

Pio VII vestia roquete y muceta, como que habia dejado su lecho para recibir al enemigo.

Era media noche. Radet, profundamente conmovido, no se atreve á hablar. Al fin notifica al Sumo Pontífice que debe renunciar al gobierno temporal

de los Estados romanos; el Papa contesta que no le es posible hacerlo, porque no son suyos, sino de la iglesia, cuyo administrador le hizo la voluntad del cielo, y el general Radet le replica mostrándole la orden de llevarlo prisionero á Francia.

Al amanecer del siguiente dia salia Pio VII de su palacio entre esbirros y gendarmes, saltando sobre los escombros de las puertas, sin más comitiva que el cardenal Pacea, ni más restos de su grandeza mundanal que un *papetto*, moneda equivalente á cuatro reales de vellon, que llevaba en el bolsillo.

En las afueras de la puerta del Pópulo le esperaba una silla de posta, á la cual le hicieron subir; despues de lo que cerraron las portezuelas con una llave que Radet guardó en su faltriquera.

Las persianas del lado derecho, en que se sentó el Papa, estaban clavadas á fin de que no pudiese ser visto.

IV.

—En esta silla le encontré yo... ¿Lo ven Vds. como no miento?

—Hace V. bien en interrumpirme, capitán; porque el resto queremos oírsele á V. de viva voz.

—Pues voy allá, señores míos.

Ibamos diciendo que Pio VII y ese prelado estaban sentados en el portal; que el pueblo se habia agrupado en la calle; que los gendarmes le impedian el paso, y que nosotros los españoles conseguimos acercarnos tanto á la puerta, que veiamos perfectamente á los dos sacerdotes.

Pio VII nos vió al fin, y sin duda conoció que éramos extranjeros y prisioneros como él: ello es que, despues de decir algunas palabras al cardenal, fijó en nosotros una larga y expresiva mirada.

En esto oimos á nuestra espalda un fandango divinamente tocado y cantado por nuestros compañeros, que volvian ya con las boletas.

Creo haberos dicho que habíamos comprado dos guitarras antes de abandonar á Cataluña, y si se me ha olvidado, os lo digo ahora.

Al oír aquella tocata y la copla que le siguió, el Papa levantó otra vez la cabeza y nos miró con mas atencion.

El italiano, el músico, habia reconocido el canto. Ya sabia que éramos españoles.

Ser español significa en aquel tiempo mucho mas que ahora. Significaba ser vencedor del capitán del siglo; ser soldado de Bailen y Zaragoza; ser defensor de la historia, de la tradicion, de la fe antigua; mantenedor de la independenciam de las naciones; paladín de Cristo, cruzado de la libertad...

En muchas de estas cosas nos engañábamos... pero cómo ha de ser!

En fin, ello es que el rostro del Papa se cubrió al vernos de un santo rubor, y que el entusiasmo chispeó en sus ojos.

Nosotros, por nuestra parte, comprendiendo toda la predilección con que nos distinguía el Sumo Pontífice, procurábamos expresarle con la mirada, con el gesto, con la actitud toda la veneración, toda la piedad que nos inspiraba su presencia. Descubrimos casi instintivamente nuestras cabezas,—cosa que chocó mucho á los franceses, que seguían con sus gorros encasquetados,—y llevamos la mano derecha á nuestro corazón.

El Papa levantó los ojos al cielo y murmuró una plegaria.

¡Sabía que una bendición suya nos hubiera comprometido con el pueblo soez que nos rodeaba!

Nosotros sabíamos que el grito de «¡viva el Papa!» hubiera comprometido á Pio VII.

Porque he olvidado deciros que la multitud que ya inundaba la plaza veía con fiero júbilo aquel último triunfo de la revolución sobre la actualidad, y hasta escarnecía al augusto prisionero con una curiosidad descortés y alguna que otra palabra amenazadora.

En esto se abrió paso por entre la muchedumbre, y apareció en el cuadro que habían despejado los gendarmes, una mujer del pueblo, mucho más anciana que el Pontífice: una viejecita centenaria, pulcra y pobremente vestida, coronada de cabellos como la nieve, trémula por la edad y el entusiasmo, encorvada, llorosa, suplicante, llevando en las manos un azafate de mimbres secos, lleno de melocotones, cuyos matices rojos y dorados se veían debajo de las verdes hojas con que estaban cubiertos.

Los gendarmes quisieron detenerla, pero ella los miró con tanta mansedumbre; era tan inofensiva su actitud; era su presente tan tierno y cariñoso; inspiraba su edad tanto respeto; había tal verdad en aquel acto de devoción; significaba tanto, en fin, aquel siglo pasado, fiel en sus creencias, que venía á saludar al Vicario de Jesucristo en medio de su calle de Amargura; que los soldados de la revolución y del imperio comprendieron ó sintieron que aquel anacronismo, aquella caridad de otra época, aquel cerazon inerme y pacífico que había sobrevivido casualmente á la guillotina, en nada aminoraba ni deslucía los triunfos del conquistador de Europa, y dejaron á la pobre mujer del pueblo entrar en aquel afortunado portal, que ya nos había traído á la memoria otro portal no menos afortunado, donde unos sencillos pastores hicieron también ofrendas al Hijo de Dios vivo.

Tuvo entonces lugar una interesante escena entre la cristiana y el Pontífice.

Púsose ella de rodillas, y sin articular palabra presentó el azafate de frutos al augusto prisionero.

Pio VII enjugó con sus manos beatísimas las lágrimas que inundaban el rostro de la viejecita; y cuando esta se inclinaba para besar el pié del Santo Padre, él colocó una mano sobre aquellas canas humilladas y levantó la otra al cielo con la inspirada actitud de un profeta.

«¡Viva el Papa!» exclamamos entonces nosotros en nuestro idioma español, dando un paso hácia el portal.

Pio VII oyó el grito, y se puso de pié tendiendo hácia nosotros sus manos, y bendiciéndonos por una, otra y tercera vez.

Suena á nuestra espalda un sordo murmullo, y volvemos la cabeza amedrantados, creyendo que los franceses se dirigían á exterminarnos, llenos de indignación.

Pero ¡cuál fué nuestro asombro al ver que los gendarmes, los hombres del pueblo, las mujeres, los niños... ¡todo Montelimar! estaba arrodillado, con la frente descubierta, con las lágrimas en los ojos, exclamando:

—«¡Viva el Papa!»

Entonces se rompió la consigna: el pueblo invadió el portal, y pidió su bendición al Pontífice.

Este cogió una hoja verde de las que cubrían el azafate de melocotones que seguía ofreciéndole la anciana, y la llevó á sus labios, y la besó.

La multitud por su parte se apoderó de los frutos como de reliquias; todos abrazaban á la pobre mujer del pueblo: el Papa trémulo de emoción, atravesó por entre la muchedumbre, nos bendijo otra vez al paso, y penetró en la silla de posta; y los gendarmes, avergonzados con lo que acababa de pasar, dieron la orden de partir.

En cuanto á nosotros, durante todo aquel día no fuimos en Francia prisionero de guerra, sino huéspedes de paz.

V.

Cinco años después de los sucesos que me refriera el capitán, en 1814, Napoleón se vió obligado por la fuerza de la opinión pública de Francia á poner en libertad á Pio VII.

El Pontífice volvió á pasar por aquellos mismos sitios en que lo encontramos los emigrados españoles; y hé aquí cómo describe el vizconde de Chateaubriand la forma en que despedía la Francia al sucesor de San Pedro.

Pio VII caminaba un medio de los cánticos y de las lágrimas del repique de las campanas y de los gritos de «¡Viva el Papa! ¡Viva el jefe de la iglesia!»

En las ciudades sólo quedaban los que no podían marchar, y los peregrinos pasaban la noche en los campos para esperar la llegada del sacerdote.

Tal es sobre la fuerza del hacha y del centro, la superioridad del poder del débil sostenido por la religión y la desgracia.

PEDRO A. DE ALARCON.

CORRESPONDENCIA.

Loja. Señor don P. O., recibí los 12 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Málaga. Señora doña E. F. de M. Anotados los 20 rs.

Puebla de los Infantes. Señor don L. de L., recibí los 8 rs., deja abonada la suscripción hasta setiembre del 80, en cuya época cumpliremos su encargo.

Sevilla. Señora doña M. G., con los 40 rs. que envía deja abonado hasta quince de setiembre del 80.

Sevilla. Señora doña S. C. de A. recibidos los 24 rs. con ellos abona hasta fin de diciembre del 80. Le remitimos los números que pide.

Tardamezar. Señor don S. G., con los 8 rs. que envía queda abonado hasta fin de diciembre del 79.

Valladolid. Señor don U. Z., remitidos los números que le faltan.

Yanguas. Señora doña A. B. y doña J. R., dejan abonado hasta fin de julio del 80.

Id. Señora doña S. del R., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Pontevedra. Señora doña M. F., quedamos conformes en que la suscripción esta abonado hasta fin de abril de 79.

San Fernando. Señor don C. M., recibí los 32 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 80. Envío los números que pide.

Id. Señor don J. E., remitimos los números que pide. Deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

Palacios Rubios. Señora doña P. C., en nuestro poder los 16 rs., en vez de un año deja abonado hasta fin de junio del 80, ó sean seis meses, pues la revista cuesta dos reales mensuales.

Puebla del Caramiñal. Señor don S. T., recibidos los 40 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 1880. Le complacemos en lo que desea.

Uleña del Campo. Señor don F. C., anotados los 24 rs. que nos envía, con los que deja abonado hasta fin de diciembre del 80. No queda ningún número del año 76, pues se agotó la edición. Tan luego como se reimprima se le remitirá.

Madrid. Señora doña F. V., recibidos los 12 rs., deja abonado hasta fin de junio del 80.

Segovia. Señor don P. V. M., servida la nueva sus-

cripción. Con los 24 que envía queda abonada su suscripción hasta fin de abril del 81.

Sevilla. Señora doña R. M., recibidos los 11 rs. que ha remitido don M. A., y estamos conformes con su cuenta.

Valladolid. Señora doña B. C., recibidos y anotados los 20 rs., deja abonado hasta fin de febrero del 80.

Castejón de Mexogros. Señora doña A. G. recibidos los 12 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80. Le remitimos los números que pide.

Sevilla. Señor don B. de J. y O., recibidas las 2 pesetas, queda pagado hasta fin de diciembre del 79.

Sierra Bugarra. Señora doña V. G. E., con los 12 rs. que por V. envía su señor padre, deja abonado hasta fin de junio del 80.

Arabal. Señora doña A. P., recibí los 24 rs. que envía señor esposo, con los que deja pagado hasta fin de abril del 81.

Barbaguana. Señor don J. C., recibí los 24 rs.

Corneda. Señor don J. S., recibida la segunda letra de 28 rs., queda abonado hasta fin de diciembre del 79.

Cullera. Señor don F. D., remitimos los números que pide. Tiene abonada la revista hasta fin de junio del 80.

Cartagena. Señora doña M. P., le remito los números que le faltan. Su suscripción está pagada hasta fin de marzo del 80.

Cervera. Señora doña R. G. de J., remito las colecciones de los años 76 y 77.

Loja. Señor don C. E. de E., recibidos los 16 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

Leza. Señora doña D. D. de O., anotados los 16 rs., quedando pagada su suscripción hasta fin de diciembre de 79.

Lugo. Señora doña A. P. de O., envió el número que le falta del año tercero, tiene pagada su suscripción hasta fin de abril del 80.

Sevilla. Señor don A. A., queda abonada la revista hasta fin de diciembre del 80. Llegada esa época se cumplirán sus deseos.

Motril. Señora doña A. M. A., recibidos los 16 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Málaga. Señor don S. R., entregó don J. A. 32 rs. para abono de la suscripción hecha en Coín y la de V., dejandopagado con esta cantidad hasta fin de diciembre del 80. Remito los números que le faltan.

Villada. Señora doña I. S; recibí los 20 rs., deja abonado con esta cantidad hasta fin de mayo del 80.

Herrín de Campos. Señor don L. de L., recibí las 12 pesetas, dejando abonado doña A. V., hasta fin de noviembre del 80, y V. hasta fin de diciembre del mismo. En adelante se remitirán los ejemplares separados como desea.

Santa Olalla. Señora doña J. P. G., anotados los 24 rs., conformes con su cuenta.

San Hipólito. Señor don J. A., recibidos los 20 rs. deja abonado hasta fin de enero del 80.

Idem. Señora doña C. F., idem idem.

Santa Olalla. Señor don A. C., recibí los 32 rs., deja abonado hasta fin de agosto del 80.

(Continuad.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia»